

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**El vicio capital de la envidia hace al hombre
aborrecible à Dios y digno de castigo eterno.**

Sustulerunt ergo lapides Judæi, ut lapidarent eum.

Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.

Joan. cap. X, v. 31.

No sé en verdad que sea mas digno de execracion en los escribas y fariseos, si su ceguedad ó la malicia y mala fé que guiaban todas sus obras. En vano era para ellos que el Divino Nazareno mostrara por sus hechos prodigiosos que el Padre estaba en El, y El en el Padre, es decir, que el Padre y Jesucristo eran la misma cosa. Cubiertos sus ojos con tupida venda, para ellos las obras mas maravillosas, los milagros mas asombrosos nada tenían de sobrenatural, y llamaban embaucador al que no hacia otra cosa que prodigar beneficios; perturbador del orden público al que mandaba dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del

César. Llenos de prevencion contra Jesus, que ni aun considerado como hombre tan solo les habia hecho ni podia hacerles mas que bien, buscaban sin descanso la ocasion de poderle imputar algun crimen que le hiciese merecedor de la muerte, pues que no deseaban otra cosa que verle morir como criminal. El Evangelio de este dia nos presenta una prueba clara de esta verdad. «Celebrábase en Jerusalem la fiesta de las Encenias ó «dedicacion, y era invierno: y Jesus se paseaba en el «templo por el pórtico de Salomon, y acercándose á «El los judíos le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener en duda? Si tú eres el Cristo, dínoslo con claridad. Jesus les respondió: Os lo digo, y no me creéis, «las obras que yo hago en nombre de mi Padre estas «dán testimonio de mí: mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen mi voz, y «yo las conozco y me siguen, y yo les doy vida eterna, «y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de «mi mano. Lo que me dió mi Padre es sobre todas las «cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi «Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa. Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.» No es necesario que adelantemos en la lectura del Evangelio, para que comprendamos de lo que era capaz aquel pueblo, que al fin condujo á Jesucristo al Calvario para cometer en su persona el horrendo crimen de Deicidio.

Y á la verdad, ¿á qué fin dirigen á Jesus la pregunta de si es ó no el Cristo que ellos esperan? ¿Y qué delito ha cometido en su contestacion para que se dispusiesen á apedrearle? ¿Fué hecha con sencillez la pregunta, guiados por su deseo de saber si se habian cumplido sus deseos, estando ya en el mundo el que

los habia de libertar del yugo de los gentiles? Así parece á primera vista; pero otra era la intencion que les acompañaba, puesto que ellos esperaban un libertador lleno de pompa y gloria mundana. No creyendo en Jesucristo, por mas que oyeran contar sus milagros y que ellos mismos los presenciaran, hácenle la pregunta, por ver si en su contestacion podian cogerle y acusarle como reo. La contestacion del Salvador no pudo menos de irritarles, y tomaron piedras para apedrearle, segun mandaba la ley que se hiciese con los blasfemos. ¿Quién los movió á obrar de este modo? ¿Cuál fué la causa de que así se irritasen contra el Salvador? No otra que la envidia diabólica que se habia apoderado de sus corazones, y que les arrastró á declarar blasfemo á Jesus por el solo delito de llamarse Hijo de Dios, y mas adelante á quitarle la vida. A tales escesos arrastra el funesto vicio, que no habiendo concluido con la vida de los judíos, sigue reinando y causando grandes estragos en el corazon de muchos cristianos.

La envidia, vicio que directamente se opone á la caridad cristiana que debe distinguir á los miembros de la Iglesia de Jesucristo, nos va poco á poco quitando la paz del alma, engendrando en nosotros ódio á nuestros prójimos. Yo me he propuesto por vuestra utilidad combatir hoy tan funesto vicio, y para que trateis de desecharlo, establezco la siguiente proposicion: *El vicio capital de la envidia, hace al hombre aborrecible á Dios y digno de castigo eterno.* Tal es mi pensamiento: para desempeñarlo con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

La envidia no es otra cosa que una tristeza del bien ageno, y cuando digo que este vicio capital hace al hombre aborrecible á los ojos de Dios y digno de castigo eterno, es porque es enteramente opuesto á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos, que hijos de un mismo Padre, participantes de los mismos Sacramentos y con iguales derechos al reino de los cielos, deben amarse mutuamente. Jesucristo ha dicho espresamente que quiere que sus discípulos sean conocidos en el mundo por el amor que entre sí se profesan; y á la verdad no veo otra cosa mas hermosa ni mas fácil de practicar.

No creais que la envidia se halla en alguna que otra persona; encuéntrase por desgracia en la mayor parte; basta que un individuo sobresalga ó aventaje á otro en ciencia, en bienes de fortuna, en posicion social, para que sea en el momento objeto de la envidia de aquellos que le rodean. Un militar valeroso que ha conseguido triunfos á favor de su patria en el campo de batalla, es ascendido en su carrera por el monarca, y honrado con distinciones á que se hizo acreedor; en el instante vereis que otros de su profesion, que ni trabajaron como él ni pueden compararsele en valor, en serenidad ni en instruccion en el manejo de las armas, tratan de desacreditarle atribuyendo sus triunfos al gran número de soldados que se combatieron con el enemigo, ó á otras causas, y propalando que son mal concedidos aquellos premios que se le han dado. ¿Y quién les mueve á hablar así, sino la

envidia? ¡Ah! vicio funesto y execrable, que hallándose en los palacios de los reyes, no deja de encontrarse, así en las grandes capitales como en las miserables aldeas, así entre los sábios como entre los ignorantes, lo mismo entre el bullicio de las cortes que en el retiro del claustro. Siente el envidioso todo lo que redunde en bien de otros, y alégrase cuando vé que la pobreza, la desgracia, la deshonra afligen á sus prógimos.

No creo que será exageracion el afirmar que la mayor parte de los males y desgracias que se advierten en la sociedad, provienen del vicio de la envidia, que hace al hombre calumniador. ¿Quién ha trabajado para hacer caer de la gracia del soberano, aquel ministro, que cumpliendo con sus deberes, trabajaba sin descanso por la felicidad de la patria? La envidia de aquel otro que deseaba ocupar su puesto. ¿Quién desacredita á aquel prelado virtuoso, que lleno de celo, procura cumplir exactamente con sus sagrados deberes? La envidia. ¿Quién ha desbaratado ese matrimonio que hubiese formado la felicidad de esa jóven virtuosa? ¿Quién ha arrebatado esa administracion de las manos de un honrado padre de familia, con cuyo producto atendia á mantener sus obligaciones? La envidia. ¿Quién causa tantos trastornos en los reinos, en los pueblos y en el seno de las familias? La envidia.

En efecto, mis hermanos: si os digo que la envidia es la destructora de todo bien, la que destruye los pueblos y las familias, la que trabaja por arruinar las fortunas ajenas y echar por tierra la honra de los semejantes, me fundo no solamente en la esperiencia que así nos lo demuestra cada dia, sino en lo que es mas, en las mismas palabras del Espíritu Santo,

que nos dice: *Putredo ossium invidia* (1). La envidia corrompe hasta los huesos. Tal vez nunca habreis parado mientes en los grandes estragos que este vicio produce, y por lo tanto, no habreis trabajado cual debiais por apartarle de vuestro corazon, ni habreis procurado triunfar de él como habreis triunfado de otros vicios con la gracia de Dios. Hombres de fé y conocedores de la moral del Evangelio y de los castigos que el Señor prepara á los transgresores de su divina ley, os asustais al solo pensamiento de un homicidio, mientras que reinando en vuestros corazones la envidia que os precipita á la calumnia, y con ella á matar la honra de vuestros hermanos, vivís tranquilos sin ninguna clase de remordimientos.

Decidme os ruego, ¿no estais plenamente satisfechos, que sin caridad no hay religion? ¿No sabeis que Dios nos ha impuesto dos grandes preceptos, cuales son el amarle sobre todas las cosas y á nuestros prógimos como á nosotros mismos? ¿No sabeis, porque así os lo enseña la religion, y continuamente se os está advirtiendo desde estas sagradas cátedras, que de nada sirven todas las virtudes faltando la caridad? ¿Y creéis que practicais esta virtud hermosa y sobrenatural, cuando envidiais la fortuna de vuestros prógimos, deseais que pase á vosotros y trabajais cuanto os es posible porque así se verifique? Esto es un error, y error de graves consecuencias, pues que el envidioso no puede menos de hacerse aborrecible á Dios, porque viola el precepto de la caridad fraterna que se ha dignado imponernos, y se hace acreedor á las penas eternas que el Señor tiene reservadas á los que desprecian

(1) Proverb. cap. XIV, v. 30.

sus mandatos. Ciertamente habreis observado cuantos y cuán extraordinarios bienes produce la caridad cristiana: tantas enfermedades curadas, tantas lágrimas enjugadas, tantas necesidades socorridas, tantas aflicciones remediadas, tantos huérfanos alimentados y vestidos que hubiesen sucumbido al rigor de la miseria, tantos pobres caminantes cobijados bajo un techo en noche de riguroso invierno, en la que tal vez hubieran perecido helados en medio de un camino; todos estos son prodigios de la caridad cristiana. ¡Oh virtud admirable! ¡Oh caridad, hija predilecta de Dios, nacida en el mismo cielo!... Ven á nosotros y arraígate en nuestros corazones: aparta de nosotros todo pensamiento que no sea santo. ¡Oh, tú eres el camino que conduces al cielo!

¿Veis, mis hermanos, los grandes bienes que produce la caridad fraterna? Pues la envidia es todo lo contrario. La caridad es paciente, y la envidia se impacienta por el bien ageno, que quisiera ver destruido. La caridad no tiene emulacion, y la envidia apetece para sí cuanto ve en otros. La caridad no piensa mal y la envidia jamás juzga bien, antes por el contrario de todo piensa mal, y de todo habla peor. La caridad se goza con la verdad, y la envidia propala la mentira y se vale de mil ardidés para hacer pública la calumnia. La caridad, en suma, se deleita en socorrer al necesitado y en encubrir las faltas, y la envidia nunca hace bien y se goza en descubrir las debilidades ajenas, aumentándolas sin compasion. Ved aquí probado claramente como la envidia es el mayor enemigo de la virtud santa de la caridad, en que se sostiene el edificio católico.

Os dije que la envidia es una tristeza del bien

ageno, y consiste en pensar que el mérito que vemos en otros rebaja ó disminuye el nuestro. Por esto nunca es objeto de envidia la fealdad, la ignorancia, ni la pobreza, y sí la hermosura, el talento y las riquezas: la envidia siempre se tiene de aquellos que con respecto á nosotros son superiores en dignidad, honores ó ciencia, porque se resiente nuestro amor propio de que otra persona nos iguale ó nos supere en nuestra profesion ó en el desempeño de nuestros respectivos encargos. Admirase San Juan Crisóstomo de los estragos que en el mundo causa la envidia, y no duda afirmar que es el vicio mas maligno que existe, y que no tiene semejante. Con razon se espresa así, pues que el envidioso es de peor condicion que todos los hombres, por malos y pecadores que sean. El mismo Santo, tratando de este vicio, dice, que leyendo las Escrituras se halla que algunos impuros han entrado en el cielo, porque se arrepintieron de sus pecados: pero que los envidiosos estando en el cielo fueron arrojados de él. Y en efecto, porque no fué otro el origen de ensoberbecerse los ángeles malos y rebelarse contra Dios, que la envidia que se apoderó de ellos, al ver á la Divinidad ocupar un trono mas elevado que el de ellos, y el verse obligados á servir á Dios y rendirle vasallaje.

Leed, mis hermanos, las páginas de la Escritura Santa, y encontrareis los grandes estragos que ha causado en todos tiempos la envidia, vicio funesto tan antiguo como el hombre. ¡Ah! ¡cuán grande era la felicidad y ventura de nuestros primeros padres en el ameno jardin en que fueran colocados por el Hacedor Supremo! Sin necesidades de ninguna clase, ni tenian que trabajar la tierra para que les produjera el